

## **TEXTOS-TEMA 10-LA RAYA EN GALICIA**

### **Couto Mixto, la Andorra que no pudo ser**

Embriones de Andorra en la Raya. Reyerta de Valencia de Mombuey y de Alconchel, Contienda de Ouguela y de Barrancos. Los Moinhos das Azenhas do Rei, que tenían una puerta que daba a Cheles y otra a Montes Juntos, y las Casas de la Duda en Valencia de Alcántara: cuatro viviendas cercanas a la alquería de El Pino, donde el riachuelo gira bruscamente y deja la frontera indefinida, donde el tío Bigares tenía una casa con alcoba lusa y salita española, de modo que nació portugués, pero sin cambiar de vivienda, se apuntó en España. En Las Casas de la Duda hubo un matadero entre 1951 y 2003. El último dudoso fue Junio: lo atacaron unos bandoleros, se fue y se acabó la última Andorra extremeña.

Visitamos, en fin, un reducto fronterizo que llegó a ser llamado por su último 'presidente', Delfín Modesto, la República Mixta de la Raya. Hemos llegado al antiguo Couto Mixto, situado en la frontera de Ourense con el distrito de Braga. Hacía 20 años que no veníamos por aquí y pocas cosas han cambiado salvo un par de placas, ya oxidadas, recordando la historia del Couto, unas señales de madera indicando el antiguo Camiño Privilexiado (seis kilómetros entre Santiago de Rubiás (España) y Tourem (Portugal) por el que los 'mixtos' comerciaban con Portugal sin poder ser molestados por los guardias) y una estatua en el atrio de la iglesia de Santiago recordando a Delfín Modesto, el último juez-presidente del Couto.

El Couto Mixto era un enclave de 27 kilómetros cuadrados donde en 1845 vivían 900 personas en las aldeas de Santiago, Rubiás y Meaus. El Couto mantuvo durante siglos su independencia de las coronas de España y de Portugal. Sus vecinos, al casarse, podían escoger nacionalidad española, portuguesa o seguir siendo mixtos. Para ello, brindaban tras la boda por el rey escogido y pintaban una P de Portugal o una G de Galicia en la puerta de sus casas.

Los derechos de los vecinos del Couto Mixto eran dar asilo a los huidos de la justicia salvo asesinos, no ser reclutados como soldados, no pagar impuestos, comerciar libremente, tener armas sin licencia y autogobernarse eligiendo democráticamente cada tres años un juez y jefe político.

Los mixtos traficaban con lanas portuguesas e inglesas hacia España. A partir de 1846, con el despegue textil catalán, invierten el sentido y trafican con lanas y telas españolas hacia Portugal. También comerciaban con productos de ferretería y farmacia. Aún hoy, en Meaus, hay familias apodadas los 'Boticario', descendientes de aquellos comerciantes.

Sin embargo, el Couto nunca llegó a ser una república próspera y rica. «Como mucho, los mixtos no emigraban. Cuando se acabó el Couto, tuvieron que emigrar como he tenido que hacer yo», explica Xosé, oriundo del Couto, pero vecino de Barcelona. «Fíjese si serían pobres que el presidente se reunía con sus seis hombres buenos en el atrio de esta iglesia, sin techo siquiera para protegerse del sol y la lluvia», señala.

El atrio es el de la parroquia de Santiago, la capital del Couto Mixto. Aunque es agosto, hace fresquito porque el Couto es una meseta de unos mil metros de altitud. En esta iglesia se conserva el arca donde se guardaban las actas y documentos de esta extraña república. Se abría solemnemente y debían estar presentes 12 representantes de los tres pueblos.

Fronterizos, contrabandistas, indómitos, con derecho de asilo y licencia para cualquier arma, los mixtos tenían fama de marginados y peligrosos. Sus actividades comerciales irritaban a los gobiernos de España y Portugal, que en 1856 enviaron una comisión a poner orden en la frontera. Ocho años después, la Comisión de Límites hispano-portuguesa decidía acabar con el Couto Mixto y con sus derechos históricos sin escuchar a los vecinos. Se acababan así 700 años de independencia. Los tres pueblos pasaban a España a cambio de tres pueblos promiscuos, que se convertían en portugueses. Esos tres 'promiscuos' son nuestro próximo destino.

## **La frontera del Miño**

Por esta carretera de asfalto correcto, anchura suficiente, aunque sin arcén, y trazado sinuoso, como es lógico en estas montañas, llegamos a Arcos de Valdevez y lo dejamos a un lado para subir hacia el Miño, al norte, hacia Monção. Antes de llegar, por una carretera pesada, con mucho tráfico e infinidad de curvas, a la izquierda queda el Pazo da Brejoeira, una bodega de vino albariño que merece la pena visitar por su decadente y magnífico salón de té y sus jardines e instalaciones.

En Monção, volvemos a reencontrarnos con la Raya húmeda. El río discurre haciendo de frontera y en este tramo, esa condición internacional ha impedido que se levanten embalses en su cauce. Hasta hace unos años, un ferry vetusto con trazas de barcaza, excedente de alguna guerra, permitía cruzar el río. Ahora, un puente moderno y sencillo facilita el tránsito entre las dos orillas, entre los dos países.

Monção es villa señorial llena de casas con blasones y buenas mansiones burguesas. Tras entrar en la zona vieja por su puerta medieval, las calles peatonales ofrecen sus terrazas, sus restaurantes y su comercio al viajero. Ya en la plaza del ayuntamiento, el espacio se abre, más terrazas alegran los días

veraniegos y un parque, convertido en balcón sobre el Miño, se convierte en lugar inexcusable para el deleite de la vista y el placer de otear El País de al Lado.

Monção es famoso por sus vinos verdes y albariños, que ya son cantados en textos renacentistas por los poetas portugueses. En otros lugares de la Raya, hemos hablado de heroínas portuguesas que libraron alguna batalla o escaramuza contra los castellanos. En esta villa miñota también existe ese personaje femenino y catalizador de valientes. Se llama Deus a Deu, Dios la ha Dado, y fue una mujer que, en el fragor de un cerco asfixiante, tuvo la brillante idea de entregar el último pedazo de pan de que disponía el pueblo para así demostrar, engañosamente, que en Monção sobraba de todo y podían resistir lo que fuera menester.

Las guerras fronterizas con El País de al Lado marcan la historia de esta raya húmeda del Miño. Aquí, en Monção, a la fortaleza portuguesa que protegía el pueblo se oponía el fuerte español de Salvaterra. Río arriba, en Melgaço, el fuerte portugués se oponía al castellano de Arbo. Y cuando descendamos Miño abajo, buscando su desembocadura y el final de nuestro viaje por la frontera más antigua de Europa, iremos viendo castillos, fuertes y fortalezas enfrentadas de Portugal y de España: Valença y Tui, Vila Nova de Cerveira y Goián y Caminha y A Guarda.

Pero el río que separa los fuertes, también unía en los hábitos y costumbres, como la de llevar una piedra en la boca para no hablar con las brujas o bañar a los niños en el Miño la noche de San Juan para limpiarlos de males de ojo.

Ya en Melgaço, río arriba, llama la atención la vida cultural de la villa con su actividad cinéfila, sus museos y su aire moderno de villa vanguardista y activa. Es bonita su parte antigua, tiene un puente moderno que la une con España y a partir de este punto, nos acercamos a la frontera, donde podemos circular por la antigua carretera y el antiguo puesto de aduanas portugués, con unas vistas muy agradables sobre el Miño, o podemos circular por la nueva carretera hasta cruzar la raya en Ponte Barxas, donde la moderna aduana quedó obsoleta hace años, pero regala al rincón, entre el río y el monte, un aire de "check point" rayano muy 007.

Ya en España, ascendemos por la carretera hacia Cortegada, pueblo balneario con un pabellón modernista donde los bañistas curan su reuma, su piel y sus nervios. De aquí, a Ribadavia, capital del vino ribeiro, que se puede comprar en varias tiendas especializadas. Ribadavia es villa de barrio judío, calles antiguas con mucho sabor y una selección de tabernas montadas con gusto, donde sirven los mejores blancos con las tapas más ricas. En tiempos, el vino del Ribeiro constituía, como ahora, su principal capital económico. En la localidad abundaban los comerciantes, sobre todo judíos, que a través del puerto de Pontevedra distribuían los vinos de Ribadavia y comarca por media Europa.

Desde Ribadavia descendemos, paralelos al río y a la frontera, por Crecente, Arbo, As Neves, Salvaterra do Miño y Salceda de Caselas hasta Tui, la ciudad fronteriza por excelencia del sur de Galicia, en la Raya miñota. En As Neves, se celebra una de las fiestas más inquietantes de la Raya, la de las mortajas de Santa Marta de Ribarteme, cuando varios vecinos del pueblo, a causa de alguna promesa, son llevados en procesión en sus propios féretros y amortajados, pero vivos.

Iniciamos en Tui la última etapa de nuestra ruta por la frontera más antigua de Europa, circulando siempre por El País de al Lado. La ciudad de Tui es rica en plazas con gracia y tiene dos monumentos fundamentales: su catedral y su puente de hierro. La primera le otorgó prestancia y solidez; el segundo, desarrollo y razón de ser en la modernidad. Tui, en fin, es ciudad fronteriza de bares bonitos, restaurantes con sabor y deambular agradable. En su catedral, uno se puede demorar de manera placentera porque el templo es bello y sus trazas de fortaleza lo convierten en un espacio singular. Y abajo, en el río, el puente de hierro, diseñado por Gustavo Eiffel y un primor arquitectónico, que en tiempos fue motivo de atasco continuo y hoy es gloria bendita para el paseante porque aquí nos encontramos con la única ruta del colesterol transnacional de España y Portugal. Sí, un camino precioso, bien señalizado y preparado, recorre el perímetro de las murallas de Valença do Minho, el pueblo portugués hermano de Tui, baja hasta el puente de Eiffel, lo cruza y se adentra en España.

Si entre Rivadavia y Guillarei, por la orilla del Miño, el ferrocarril traza una ruta turística de mucho encanto, aquí, entre Tui y Valença, el ferrocarril cruza por la parte superior del puente peatonal y de automóviles y se adentra en Portugal, uniendo Vigo y Oporto. En Valença do Minho, el primer encanto es su condición de ciudad abaluartada, una auténtica fortaleza inexpugnable donde las puertas de la muralla marcan el lugar de los aparcamientos.

El segundo encanto es su carácter comercial, disputando a Vila Real de Santo António, Elvas, Vilar Formoso y Miranda do Douro la condición de principal ciudad comercial de la Raya. Quizás aquí haya más oferta y variedad que en ninguna otra ciudad comercial del lado portugués de la frontera. Sea como fuere, pasear por sus calles, entre tiendas y restaurantes, rodeados de casas singulares y sin que nada afee la belleza del conjunto, es una de las experiencias más entretenidas y sugerentes de este viaje fronterizo.

Desde Valença, la carretera nos lleva hasta Vila Nova de Cerveira, la ciudad del diseño, el arte y el croché. Este ganchillo muy particular es una de las gracias de esta villa y lo demuestran en verano, abrigando con prendas realizadas en croché cada monumento, cada árbol, cada farola. Vila Nova de Cerveira tiene buen mercado semanal, entretenimientos náuticos, paseo en barco incluido, museos y galerías de arte y escuela superior de Arquitectura. Un puente traslada a la otra orilla, desde donde se pueden contemplar las islas del Miño.

En el río Miño, prácticamente en su desembocadura, existen varias islas, algunas de ellas nacidas recientemente, sobre cuya pertenencia a uno u otro país han existido algunas disputas. Serían las contiendas fluviales de la Raya, territorios semejantes a los que habíamos visto en las provincias de Huelva y Badajoz, pero con la singularidad de su insularidad. Se trata de islotes deshabitados cuyo interés es más ornitológico que territorial o económico.

La más grande de ellas es Isla de Canosa. Precisamente su nombre en singular, Isla de Canosa, provocó que, al ser un pequeño archipiélago de cuatro islotes, se pensara que las otras dos eran tierra de nadie y hubo sus más y sus menos hasta fijar el carácter español de todo el archipiélago. Además, encontramos las islas de Vimbres, de Varandas y de Pozas, todas ellas españolas, aunque en su momento hubo alguna que otra discusión sobre la titularidad de estos islotes.

Cruzamos de nuevo el puente de Vilanova de Cerveira hacia Portugal y seguimos por la carretera, paralelos al Miño, hasta la aldea de Seixas, descendemos hacia los “cais” del río, aparcamos el coche y nos sentamos en un agradable chiringuito fluvial desde el que distinguimos la isla Morraceira de Seixas. Lo de murraceira es un topónimo que se usa en esta zona para referirse a las islas que han crecido por efecto de la arena de aluvión del río.

Esta de Seixas, a la que también llaman Isla Mauricia, se formó en las décadas de los años 70 y 80 del pasado siglo. Al ser tan reciente, no ha habido ninguna reunión de la comisión de límites que fije su territorialidad ni pertenencia. La mayor parte de la isla está en territorio geográfico español. Pero cuando baja la marea, aparece un arenal que entra en Portugal. A falta de una decisión, la isla se considera internacional como en su momento pudo ser considerado el Couto Mixto, las contiendas onubenses y pacenses o las mismas Casas de la Duda de Valencia de Alcántara.

Nos vamos del río y subimos a la carretera. Enseguida, distinguimos a la derecha una casa preciosa con una torre mirador enhiesta, elegante y muy bella. Esta mansión de estilo colonial es conocida como la Casa del Indiano y fue construida en 1909 por un indiano portugués. Hoy es un hotel bed & breakfast y pertenece a una familia gallega de Vilagarcía de Arousa.

Llegamos al final de nuestro viaje. Lo comenzamos un uno de enero en Ayamonte y estamos a un paso de Caminha, donde el río Miño desemboca y desde donde nos marcharemos de Portugal a El país de al Lado en un ferry, repitiendo la operación que hiciéramos en Ayamonte.

Caminha es una villa preciosa, donde el sol al ponerse regala una luz indescriptible y mágica. Aquí, se mezclan el mar y el río, el bosque y el arenal, la montaña y la ciudad. Su casco antiguo es pequeño, pero encantador y en su plaza y calle principales, las tiendas, los cafés y los restaurantes lo llenan todo de animación. Al final del Miño, donde la frontera se diluye en el océano, la playa de Moledo, inmensa y mágica, remata en el fuerte de Insua o de la Isla, frente a las costas españolas, último baluarte defensivo de este territorio

portugués que dejamos para saltar a España.

Justo al llegar al núcleo urbano de Caminha, a la derecha, un cartel nos indica el lugar de donde parten los ferris hacia A Guarda, el pueblo más suroccidental de Galicia. El barco, que inexplicablemente no navega los lunes, parte hacia España a las horas en punto y regresa de España a las y media. El viaje es barato: tres euros un automóvil con su conductor y un euro los pasajeros a pie.

La navegación es agradable y de una belleza inolvidable, de las que marcan. El Miño desembocando, el mar abierto, Caminha alejándose al sur, Galicia adivinándose y acercándose al norte. En lo alto, el monte Santa Tegra con el castro más impresionante que uno pueda imaginar y después de desembarcar, un paseo por A Guarda, una villa marinera cuya prosperidad proviene de la emigración a Puerto Rico. A Guarda, que se convirtió durante un tiempo en nido de corsarios, que obstaculizaban el comercio inglés con Portugal, fue ocupada por los portugueses entre 1665 y 1668. Pero todo esto es historia. El presente es deambular por las calles cercanas al muelle, curiosear la descarga del pescado cuando los barcos llegan al puerto, asombrarse ante el ímpetu de las olas del mar abierto rompiendo contra el malecón y dejarse tentar por los restaurantes especializados en marisco, magnífico escenario para una última comida con olor a sal, sabor a yodo y recuerdos de El País de al Lado desde El País de al Lado, en la Raya más húmeda de la frontera más antigua del mundo.